



Sofos
Grupo de Estudio
y Trabajo Académico

SEMINARIO PROBLEMAS COLOMBIANOS CONTEMPORÁNEOS
Ciclo 2016

“Grandes pensadores de la crítica en Colombia”

Lección Inaugural - Recordando a AGUIRRE

Abril 30 en Otraparte



Fernando González y Alberto Aguirre
Fotografía © Guillermo Angulo (1959)

Un libro llamado *Cuadro*

La tarea del escritor, del periodista, tiene su mayor logro cuando permite reconstruir con materiales de primera mano la historia íntima de una sociedad. Así lo afirma Carlos Gaviria Díaz, profesor universitario, al comparar a Alberto Aguirre con Karl Kraus, el antiperiodista vienés de comienzos del siglo. Gaviria Díaz, ex decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia y representante del Tribunal Russel, escribe sobre Alberto Aguirre de quien dice que “Cuadro” es un modelo de lo que debe ser el periodismo de opinión.

Por Carlos Gaviria Díaz

En un ambiente intelectual —digamos así— enrarecido por juicios estereotipados, por opiniones “ortodoxas” (cualquiera sea el centro de poder que las santifique), por actitudes dóciles y acriticas, donde se encubre de mesura el temor a malquistarse con “los reyes de este mundo” (que decía Fernando González), donde los discrepantes más osados son voceros, al menos, de una disidencia de partido, de una secta religiosa, de un gremio organizado o de un taller de poesía, opinar por cuenta propia, con solidez e independencia, es, a la par que un riesgo, una tarea de salud pública.

Hace más de seis años, cuando con las primeras ediciones de *El Mundo* aparecieron también las primeras columnas de Alberto Aguirre bajo el título, tajante y sugerente, de “Cuadro”, tuve la impresión de que Alberto tenía en mente esa empresa azarosa, y de que la tranquila supervivencia de su columna sería la prueba de fuego de la libertad y tolerancia que proclamaba el nuevo diario. El tiempo transcurrido ha confirmado mi intuición inicial y ha corroborado —me parece— la fidelidad del periódico a sus postulados rectores.

Cuadro es, para mi gusto, un modelo de lo que debe ser el periodismo de opinión (dentro de una rica gama de posibilidades estilísticas). Empezando por la selección de los temas, que es ya un signo inequívoco de profesionalismo y de respeto al lector. Nada de las íntimas desdichas o venturas con que mellan su pluma los columnistas narcisos trastrocando el ejercicio periodístico en autobiografía anodina. Los hechos que constituyen la vida cotidiana —donde quiera que ocurran—, pero cuyo sentido trasciende los límites de su singularidad y la de sus protagonistas, son la obsesión de Aguirre. Y mejor mientras más inmediatas, porque en el contorno está el mundo, aunque el provincianismo “ilustrado” piense y actúe al revés.

La evacuación de El Pedrero, la persecución o el hostigamiento a los vendedores ambulantes, la literatura cursi del política semi-analfabeta, la muerte por hambre del gamín innominado (cuyo nombre Aguirre se encarga de rescatar), la distorsión intencional de la noticia en el medio de comunicación depravado, el juicio de la ética oficial tan connivente con el poderoso y tan despiadado con el débil, son temas que en *Cuadro* se someten a disección implacable para que cada uno saque sus conclusiones sin que el columnista, desde luego, escatime las suyas. Claro que una columna así tiene que resultar urticante para

los fariseos que perdonan (o cometen) la acción desalmada, pero no la palabra que la denuncia.

Y al lado de esas penosas lacras, el logro artístico que hace grata la vida, el acto heroico y recatado del hombre común, que nunca merecerá la Cruz de Boyacá porque es de veras valioso; el coraje del líder popular que promueve el paro cívico sin esperar más retribución que la muerte civil... o la otra. En fin, la afirmación del valor auténtico que, en un mundo patas arriba como el nuestro, resulta ser un contravalor, desde la perspectiva ortodoxa.

Desvelar los trucos defensivos del establecimiento, revestidos de “alta moralidad”, y exhibirlos como de veras son, grotescos y contrahechos, no es ejercicio inocuo. Eso lo saben los beneficiarios del *statu quo* (en todas sus esferas) y por eso no se tragan a Aguirre.

Y a tono con los temas (vivos e inmediatos) y con la actitud (libre y casi desafiante), la documentación de los hechos responsable y rigurosa; y el lenguaje, severo y eficaz. Quien no comparta los juicios de valor expuestos en *Cuadro*, está en su derecho. Pero me parece que ningún lector honesto puede, con buenas razones, reprochar al columnista su falsificación de los hechos o su precaria documentación. Pueden chocar, a veces, los tonos demasiado fuertes o los claroscuros excesivamente contrastantes con que se los pinta, pero unos y otros trasuntan la sensibilidad del autor y posibilitan la tarea desmitologizante (y pedagógica) en que se haya empeñado.

Creo que lee mal a Aguirre quien sólo percibe la emoción con que escribe cada línea y pasa por alto el riguroso examen racional que la precede. Así como el que no vislumbra más allá de su crítica demoledora a los usufructuarios de privilegios, su adhesión fervorosa (casi diría amorosa) a los desposeídos de cualquier tipo de riqueza y —de momento— hasta de toda esperanza.

La práctica de reunir escritos heterogéneos para darles una apariencia editorial que no se compadece con su estructura interna me parece reprochable; obediente tan sólo a urgencias vanidosas. Confieso, entonces, que me sorprendió la aparición de “un libro llamado *Cuadro*” (no obstante mi afición por la columna). Asistí a su lanzamiento en la Biblioteca Pública Piloto y al escuchar al propio Aguirre comencé a entender que había suficientes razones justificativas del libro. Pero al leerlo se disiparon todas mis dudas. No sólo me deleité relejendo algunas de sus mejores columnas sino que valoré el trabajo de ordenación temática realizado por el autor, que pone en evidencia la unidad que yo echaba de menos. El hilo conductor, tan notorio como el río Magdalena, sugeriría como título esta trivialidad que por fortuna fue ignorada: “Radiografía de un país”. Inadecuado por obvio.

También Karl Kraus, el “antiperiodista” vienés de comienzos del siglo XX, compiló sus escritos de *La Antorcha*, y gracias a ellos podemos hoy reconstruir con materiales de primera mano la historia íntima de una sociedad en proceso de disolución que, desde luego, execraba al escritor implacable que la fustigaba y desvelaba sus vergüenzas más celosamente escondidas. Actitud equivocada pero inevitable la de la sociedad austro-húngara que no pudo entender que el único propósito de Kraus era regenerarla.

Más de un rasgo común hay entre estos dos hombres distantes en el tiempo y enfrentados a circunstancias aparentemente tan dispares. Pero es que, como dice Spengler, los sucesos circunstanciales son apenas “piel de la historia”. El torrente que determina su curso es subterráneo y quienes se empeñan en descubrirlo son de la misma estirpe. Casi siempre hombres solitarios.

Fuente:

Periódico El Mundo, 6 de junio de 1985, página 3.

* * *

Recomendamos los siguientes libros de Alberto Aguirre:

1. *Cuadro*. Editorial Letras, septiembre de 1984. Reeditado en 2011, Colección Letras Vivas de Medellín, Tragaluz Editores.
2. *El arte de disentir - Columnas*. Compilado por Mauricio Hoyos, Fondo Editorial Eafit, 2014.

Grupo Sofos
Abril 16 de 2016

Correo electrónico: gruposofos@gmail.com

Blog: <http://gruposofos.blogspot>